

Bryce Echenique
En Lima:

Ejerciendo el Regreso

POR LUIS LÓPEZ-ALIAGA

"QUITAS no sea el novelista peruano más admirado, pero es sin duda el más querido", señala el crítico Ricardo González Vigil al referirse a Alfredo Bryce Echenique, quien lo mira atento y soñador detrás de sus redondos lentes de carey y de su bigotillo de patriota mexicano. González Vigil se esmera en una presentación que no lo es, porque, como él mismo señala, Bryce no requiere presentación en ninguna parte del mundo, menos aún entre sus compatriotas.

Bryce está de vuelta y ha decidido ejercer el regreso dictando, por ejemplo, una conferencia sobre *Cien años de soledad* en las amplias dependencias del auditorio de Petropetro. La ausencia ha sido larga y la afluencia mutua, a juzgar por la cola de personas que da la vuelta a la manzana en su afán de conseguir un lugar en el auditorio. "No vengo a morir al Perú, sino a vivir el resto de mi vida y cuando la nada me pida cuentas pues allí iré bien cargado", ha dicho el novelista, quien ya se encuentra en los afares de su próxima novela, *Dándole pena a la tristeza*.

Atrás ha quedado aquel veinteaño mático —chancón, como dicen por estos lares— que luego de entregarse el diploma de abogado a su padre, San Marcos de por medio, decide escaparse a Europa para ser un escritor. Grecia, Italia, Francia y España fueron testigo de la exasperada vida de aquel muchacho hipersensible que casi sin darse cuenta fue destapando botellas y también lanzándolas al mar: *Un mundo para Julius*, *La felicidad ja ja*, *Magdalena* peruana y una larga lista de obras que llevan su inconfundible sello. El sello del humor, de la nostalgia, de una oralidad emotiva matizada con referencias cultas que le salen sin ninguna cuota de impostura. ¿Imaginaba siquiera ese espigado muchacho de pelo enmarañado y aspecto más bien triston que a su regreso, después de treinta y cinco años, sería acogido con tanto entusiasmo?

Aunque este es un Bryce distinto, es cierto. Un Bryce convertido a regañadientes en celebridad, en mito, y que además lucha en vano contra cierto estigma que aún lo persigue: tiene sobre la mesa un vaso de agua que muchos de los asistentes miran con una sonrisa socarrona.



"No vengo a morir al Perú, sino a vivir el resto de mi vida y cuando la nada me pida cuentas pues allí iré bien cargado"

"Yo creo que todas las malas reputaciones son aburridas", dice el escritor, resignado, empujándose un largo trago de agua. Ya no es el mismo muchacho que tanto y tantas veces se parecía a Pedro Balbuena. Aunque la pasión por los libros la mantiene intacta. Se le nota hasta desde los asientos más distantes, apenas comienza a desarrollar su tesis sobre la desintegración de las categorías de espacio y tiempo en la novela de García Márquez.

Para los más suspicaces, las palabras iniciales de González Vigil hacían referencia implícita a la figura de Vargas Llosa. Él es el escritor admirado, versus el querido y ahí, tan cercano, Bryce Echenique. Aunque ambos son ya

clásicos de la literatura hispanoamericana y están vivos y son peruanos y piensan en peruano y también en el Perú. Y uno que aprendió en el colegio que los escritores clásicos eran unos señores recontras aburridos que, para suerte de nuestra inquieta adolescencia, habían muerto hacia una buena cantidad de años.

Les he preguntado a algunos escritores peruanos sobre esto de convivir con dos clásicos, y ellos de inmediato piensan que les estoy pidiendo que tomen partido. Vargas Llosa es el clásico, el maestro de la técnica literaria y la disciplina. Bryce es como un amigo, un pata en quien no es difícil reconocerse. Además ya está de regreso, lo que me lleva a pensar que tener a un clásico más cerca que a otro, necesariamente inclina la balanza en favor del último.

En rigor no hay disputa, aunque sus diferencias apuntan al corazón mismo del quehacer literario. Vargas Llosa representa al escritor ultra cerebral, que elabora esquemas, investiga y corrige casi tanto como inventa, hasta conseguir que la novela coincida casi por completo con lo que previamente había planificado. En el otro extremo, Bryce se enfrenta con su trabajo a puro instinto, se lanza sin mapa alguno, en trance, hasta que la novela se rinde a sus pies o viceversa.

«Cien años de soledad» y la nostalgia

Pero su conferencia sobre García Márquez es rigurosa, porque Bryce tampoco ha dejado de ser ese estudiante mático que seguía dos carreras a un mismo tiempo, aunque sin faltar al Bar Palermo, eso sí. El tiempo histórico se anula en *Cien años de soledad*, dice mirando de refilón sus apuntes, todas las épocas conviven en un mismo espacio. Y aquello que los surrealistas experimentaron en sus laboratorios conceptuales, era la real-realidad de Latinoamérica. Y sigue siéndola en pleno dos mil, dice Bryce, porque si uno, por 40 dólares, toma un avión hasta Iquitos, se encuentra de sopetón en la época tribal, aquí, en un mismo espacio llamado Perú.

Todo eso, sigue Bryce, lo condensó magistral e inigualablemente García Márquez en una sola novela. Y eso fue lo que llevó a que *Cien años de soledad* agotara una edición tras

otra y que, a estas alturas, la hayan leído hasta quienes no la han leído nunca. Todo se remonta a 1967, justo el mismo año en que un muchacho absolutamente desconocido —con un remoto parecido al hombre mayor que ahora dicta su conferencia— se animaba a publicar su primer cuento, «Con Jimmy, en Paracas», en las páginas de la revista *Amaru*. A muchos les llamó la atención la facilidad expresiva y el manejo argumental de aquel cuento que parecía obra de un escritor con largos años de oficio, y la aparición de *Huerto cerrado*, un año más tarde, confirmarían los buenos augurios iniciales.

Mientras tanto, Bryce sigue hablando de su *Cien años de soledad*, porque hasta cuando lee extensos párrafos de la novela, uno puede sentir la cadencia y hasta la mirada del autor de *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*. Arranca carcajadas del público cuando cuenta que Ursula mató a su marido para evitar padecer la corrupción del amor. Establece, luego, una línea demarcatoria entre el recuerdo y la nostalgia. A diferencia del recuerdo más fático, la nostalgia está viva, altera los hechos, los ordena según el presente y hasta es capaz de lanzarlos al futuro. La nostalgia no tiene tiempo, lo anula, y *Cien años de soledad* es, en este sentido, la novela más nostálgica que se haya escrito nunca. Y miren que lo dice nada menos que el autor de *No me esperen en abril*. El mismo que fue atacado por la vanguardia y que, ahora, con palabras apasionadas, minuciosas y gesticuladas, relata el regreso a Macondo de Amaranta Ursula. Ella vivía en medio de las comodidades de una sociedad moderna, casada con un comprensivo y civilizado aviador belga. Pero regresa, porque escuchó el llamado, una especie de susurro de lobo ancestral. Vuelve y se queda en el lugar de sus antepasados que poco a poco, con ella adentro, comenzará a convertirse en polvo. Vuelve, porque, como en el vals criollo —que Bryce no cita, porque está serio, comprometido en su función de conferencista— "todos vuelven al lugar donde nacieron" al embrujo incomparable de su sol. "

Cuando los aplausos finales se diluyen en el anfiteatro, hasta se podría afirmar que si García Márquez se imagina lo divertido, lo nostálgico, lo estimulante que resultan los *Cien años de soledad* de Bryce Echenique.

Ejerciendo el regreso [artículo] Luis López-Aliaga.

Libros y documentos

AUTORÍA

López-Aliaga, Luis, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ejerciendo el regreso [artículo] Luis López-Aliaga. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)